

# La Ilustración Católica

## SUMARIO.

TEXTO.—*La inundación.*—A los católicos, llamamiento de la prensa religiosa para celebrar el 25.º aniversario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción.—*Crónica de París*, por D. Francisco M. Melgar.—*Recuerdos de un viaje*, II. De Oporto á la Guardia, por el R. P. Fidel Fita y el Excmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra.—*El 16 de Octubre de 1793*, por Máximo de la Rochetier.—*Los grabados*, por X.—*El maestro de música*, por D. Eugenio de Margerie.—Jeroglífico.

GRABADOS.—*El príncipe Carlos Amable de la Tour-D'Auvergne*, Arzobispo de Bourges.—*Fiesta celebrada en el castillo de Chambord el día 29 de Setiembre con motivo del 59.º aniversario del conde de Chambord*.—*Vista del paso del Duero por la ciudad de Oporto*.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.  
Tres meses. . . . . 46 rs.  
Un año. . . . . 60 »  
Cuba y Puerto-Rico.  
Seis meses. . . . . 2 1/2 ps.  
Un año. . . . . 4 »

### PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.  
Seis meses. . . . . 44 fr.  
Un año. . . . . 21 »  
Filipinas y Méjico.  
Seis meses. . . . . 3 1/2 ps.  
Un año. . . . . 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 21 de Octubre de 1879.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año III.—Tomo III.

HEMEROTECA MUNICIPAL  
MADRID NÚMERO 15.

Número suelto, real y medio.

## LA INUNDACION.

El Director y redactores de LA ILUSTRACION CATOLICA se asocian con todo su corazon al dolor inmenso que en estos momentos devora á nuestros hermanos de Murcia y de Orihuela, sumergidos por espantosa tormenta en las ruinas de sus haciendas y de sus hogares. Y como la compasion en estos casos debe traducirse en obras de reparacion y de auxilio, rogamos eficazmente á nuestros amigos que contribuyan con sus limosnas al alivio de tantos males, nacidos sin duda de los pecados de todos, que concitan sobre nuestras cabezas los castigos del cielo.

Como los diarios católicos han abierto listas de suscripcion, á ellas pueden acudir las almas caritativas á depositar sus ofrendas. LA ILUSTRACION CATOLICA ha depositado ya su humilde óbolo, y ha ofrecido sus páginas, para cuanto sea necesario, á las Juntas recaudadoras.

Unamos á las limosnas las oraciones, que ni el hombre vive sólo de pan, ni los grandes infortunios se conjuran con el oro y la plata. Nuestros pecados han entenebrecido el cielo, la tempestad se cierne sobre nuestras cabezas; opongamus al fuego vengador el pararrayos de nuestras oraciones y penitencias.

A

## LOS CATOLICOS.

El día 8 del próximo Diciembre celebrará la cristiandad el vigésimo quinto aniversario del suceso más dichoso que nuestro siglo ha visto; como que él sólo basta para llenarle de luz entre tantas tinieblas, y de gloria entre tantas ignominias, y hacerle grande y memorable entre todos los siglos.

Veinte y cinco años hará, que á poco de romper el día, el Vicario de Jesucristo en la tierra, cercado

de todos los esplendores y de todas las majestades de la Iglesia, atravesaba con extraordinaria pompa la Basílica Vaticana, é iba á postrarse ante la Confesion de San Pedro, sobre las tumbas donde yacen las reliquias del primero de los Papas y del Apóstol de las gentes. Detrás de él asistian los Cardenales de la Santa Romana Iglesia y Obispos de todo el orbe católico. Delante de él, llenando el templo colosal y la inmensa plaza de San Pedro, se agolpaba innumerable multitud de pueblo cristiano. Todas las

naciones volvian á Roma el pensamiento; porque el mundo sabia que el oráculo divino iba á hablar palabras celestiales é infalibles.

Leido el Santo Evangelio, un Cardenal pidió al Papa que en nombre de Dios definiese dogmáticamente la Concepcion Inmaculada de María. Cayeron de rodillas los Cardenales, los Obispos, el pueblo todo; y la cúpula asombrosa de Miguel Angel resonó con el cántico, aún más asombroso, *Veni Creator*, con que todos á una voz imploraban de Dios que descendiese sobre su Vicario.

El Pontífice supremo se levanta sobre todos, y por virtud del Espíritu Santo, con la autoridad de Jesucristo y de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, confirmó al mundo que la Bienaventurada Virgen María, en el primer momento de su Concepcion por gracia y privilegio singular de Dios Omnipotente, y por los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, fué preservada inmune de toda mancha del pecado original.

El cañon del castillo del Santo Angel anunció la buena nueva á la Ciudad Santa, que alborozada con purísimo gozo, publicó su alegría con la voz de los bronces, y con gritos de regocijo, y vistosas galas, y magníficas fiestas. La electricidad y el vapor, criados por Dios como todas las cosas, para alabarle y darle gloria, llevaron la feliz noticia á los confines de la tierra; el mundo todo, ya en gran parte dominado por enemigos de Dios, sacudiendo el mortal letargo, se estremeció de júbilo; y las voces de los hombres, y el voltear de los campanas, y el tronar de los cañones, y la entusiasta general alegría parecian eco del cielo que repetia las palabras de Pio IX y clamaba:—Hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, alegraos y no temais, que vuestra Madre venció desde su primer instante todo el poder del infierno; alegraos y alabad á vuestra Madre Inmaculada!

Al acercarse tan feliz aniversario, la Iglesia de Dios apareja sus



EL PRÍNCIPE CÁRLOS AMABLE DE LA TOUR-D'AUVERGNE,  
Arzobispo de Bourges.



templos para solemnizar la mayor ventura de la Virgen; sus Pastores y ministros publican las glorias de María, y con cariñosa instancia llaman al templo fiel á honrar y festejar su santo nombre, delicia de los ángeles y alegría de los cielos. Y los escritores católicos de Madrid, fraternalmente unidos en el amor de María Inmaculada, y no queriendo ser sordos al llamamiento de la Iglesia, han creído conveniente dirigirse á los católicos de toda España, invitándoles á unir sus esfuerzos á los esfuerzos de los ministros de Dios, con su bendición y dirigidos por ellos para solemnizar el Santo Jubileo de la Inmaculada, en el templo y fuera del templo, con extraordinarios festejos y solemnnes regocijos que recuerden y renueven el entusiasmo con que España oyó hace veinte y cinco años, la definición dogmática de la Inmaculada Concepción.

No hemos sido los primeros. Antes que nosotros, al comenzar este año, la Juventud Católica de Italia hizo á toda la cristiandad la invitación que nosotros hacemos á los españoles. No hemos sido los primeros en acudir; pero tenemos obligación de ser los que acudamos con mayor entusiasmo.

La fiesta de la Concepción, grande y dichosa para todos los católicos, es más grande y más dichosa para los españoles.

Cuando en el siglo XII se establecía en Lyon, y cuando en el siglo XIII se establecía en Roma, en la capital del mundo católico, el culto á la Concepción de la Virgen; cuando los santos y los sábios discutían aún, y el gran Escoto propagaba con inspirada elocuencia la Inmaculada Concepción de la Virgen, ya hacia siglos que la fé española, movida é ilustrada por San Ildefonso, la veneraba y rendía culto como singular, maravillosa, absolutamente santa y venerable. Cuando en el siglo XVII era ya casi universalmente reverenciada, España quería aún más que eso; y sus católicos reyes Felipe III y Felipe IV, eco fiel de sus pueblos, importunaban con instancias repetidas á la santidad de Paulo V y á la santidad de Gregorio XV, para que dogmáticamente se definiese. Cuando el error volteriano se cernía ya sobre España, y comenzaba á turbar la paz de los claustros, á informar sus leyes, á viciar sus costumbres, todavía la fé española era más poderosa que el error que la amenazaba, y pedía y obtenía de la Santa Sede que le diese por especial patrona á la Virgen Santísima en su Inmaculada Concepción. Desde el siglo VII hasta el día de hoy, España ha sido y es por excelencia la nación de la Inmaculada.

La prensa católica de Madrid no se atreve á proponer festejos ni regocijos especiales. La prensa católica de Madrid (y tiene la seguridad de que á ella ha de unirse la prensa católica de toda España), se limita á recordar á los españoles que son los hijos predilectos de María Inmaculada; y á rogarles que el 8 de Diciembre, concurriendo á cuantas fiestas promuevan los Prelados y los Párrocos, llenando los templos, acercándose á la Sagrada Mesa, costeando solemnnes funciones, contribuyendo al mayor esplendor del culto, dirigiendo fervorosos mensajes al Vicario de Jesucristo, acudiendo á los palacios de sus Prelados y á las casas de los Párrocos á rendirles público y solemnne homenaje de adhesión, engalanando las propias viviendas con colgaduras y luminarias, inventando, en fin, actos de fé y de piedad, muestras de alegría y regocijo, inauguren el Jubileo de la Inmaculada dando norma y ejemplo á las generaciones que nos sucedan, y hagan ver que todavía en España alienta la fé católica. La fé que ardía en el alma de aquel eximio teólogo de la Inmaculada, nuestro segundo Escoto, el gran Suarez; la fé que inspiraba á Murillo, y á Alonso Cano, y á Luis de Vargas cuando imprimían en el lienzo y en las piedras como destellos y vislumbres de la hermosura del cielo, y daban al mundo el ideal artístico de la belleza inmaculada; la fé que animaba el corazón de Pulgar, de Garcilaso, de tantos héroes insignes, que bajo el estandarte de la Virgen Inmaculada cercaron el mundo todo para hacerlo español, que quiere decir cristiano.

¡Españoles! Nuestras desventuras son muy grandes; y como nuestras culpas son mayores que nuestras desventuras, no merecemos compasión. Pero Dios es más inclinado á misericordia que á justicia, y tenemos por valedera á su Santísima Madre, que es también Madre y Abogada de los pecadores. ¡Españoles! La Virgen Purísima que jamás desoyó á los que la invocan y derrama sus tesoros sobre los

que la aman, sabe que España veneró su Concepción Inmaculada, el mayor de sus privilegios inenarrables, más caro á su corazón que su dignidad de Madre de Dios, ántes y más que ningún otro pueblo de la tierra. ¡Españoles! Levantemos nuestras almas sobre todas las miserias de los tiempos, avivemos la fé de nuestros padres, que aún arde en nuestros corazones, y con piadosa resolución, propongámonos firmemente mover las entrañas de Dios á misericordia, y arrancarle de una vez y para siempre, no sólo nuestro perdón, sino el triunfo definitivo de nuestra fé sobre todos sus enemigos. ¿Qué no hará la fé, capaz de mudar de asiento las montañas, teniendo por valedera á la Virgen Inmaculada? ¡Españoles! ¡Que el día de la Concepción sea nuestra patria, de Cádiz al Pirineo, de Palos á Finisterre, y más allá de los mares, templo augusta y sagrado de la Virgen, de donde brote una sola voz que llene el mundo, que se oiga en todos los pueblos, que resuene en los cielos, que alegre á los ángeles, que obligue á Dios y apresure sus misericordias!

¡Virgen, que viviendo en carne mortal te dignaste venir á España y consagrarla por tuya, ántes que á ningún otro pueblo, desde el Pilar de Zaragoza! ¡Virgen, que en las nevadas crestas de Covadonga encendiste los corazones de nuestros padres y les disteis alientos con que ir á pescar tu santa imagen en Toledo, en Monserrat, en la Almudena, y para izar tus pendones en las torres de Granada, y triunfar en Lepanto, y llevar la fé de Cristo al Nuevo Mundo, donde Tú los esperabas en Guadalupe de Méjico y en los bosques de Copacavana! ¡Vuelve los ojos á la Iglesia, vuelve los ojos á tu España, vuelve los ojos á nosotros, Madre de Dios y Madre nuestra, concebida sin mancha de pecado original!

Españoles:

¡Gloria á Jesucristo, Señor de hombres y pueblos! ¡Gloria á María Inmaculada! ¡Gloria á la Iglesia de Dios! ¡Gloria al Pontífice de la Inmaculada y del Syllabus! ¡Gloria á su sucesor Leon XIII! ¡Misericordia, Virgen Purísima, misericordia para España y para el mundo! Madrid, en la fiesta de Santa Teresa de Jesús de 1879.

Leon Carbonero y Sol, director de *La Cruz*.—José María Carulla, director de *La Civilización*.—Ramon Necedal, director de *El Siglo Futuro*.—Juan Manuel Ortí y Lara, director de *La Ciencia Cristiana*.—Antonio Juan de Vildósola, director de *La Fé*.—Miguel Martínez y Sanz, director de *El Mensuario de María*.—Manuel Perez Villamil, director de *LA ILUSTRACION CATOLICA*.—Ceferino Suarez Bravo, director de *El Fénix*.—Julian de Vargas, director de *La Civilización Católica*.

## CRONICA DE PARIS.

Ausente de París por espacio de dos meses, no bien vuelvo á pisar sus calles, apresúrome, si no á saldar la deuda contraída con el Director de *LA ILUSTRACION CATOLICA*, por lo ménos á darle irrecusables pruebas de arrepentimiento.

No permite la verdad (ni la pereza) escribir desde los Pirineos crónicas de París, y no me ha sido dado, por consiguiente, mandar durante este tiempo la revista periódica prometida.

Si algo puede consolarme es la idea de que mis lectores no habrán compartido la pesadumbre que á mí mismo me producía mi falta de palabra.

Pero si así ha sucedido, mal les sale la cuenta, porque yo en cambio les prometo ahora desquitarme entablando con ellos relaciones más frecuentes y seguidas que antaño.

Y en prueba de que mi amenaza va de veras, pongo manos á la obra ántes de quitarme el polvo del camino.

Dice un ingenioso amigo mío—á quien en esto no creo—ponderando la dificultad del vascuence, que en la lengua eúskara se conjugan verbos por este estilo: yo como, tu duermes, aquel pasea.

Sumandos tan heterogéneos, claro está que no pueden fundirse en un todo común.

Sin embargo, París es una suma de elementos más heterogéneos, si cabe; un conjunto de ciudades contrapuestas, que braman de verse juntas; una mixtura de venenos y triacas; un monstruo con alas

y con pezuñas; que perfuma los aires y que hiede; que canta y que muje; que inspira admiración y repugnancia.

De aquí los juicios perfectamente contradictorios y relativamente exactos que pueden formularse sobre la gran ciudad según el punto de vista que adopte el observador.

¿Qué es París, quién puede decir que le conoce, y en qué consiste conocerle?

Para los católicos París es el centro religioso de Francia y la población más caritativa del orbe entero, y no conoce á París el que no ha visto funcionar sus millares de asociaciones católicas; el que no ha presenciado los frutos, ciertamente maravillosos, de la propaganda; el aumento incesante de comuniones, la prosperidad exuberante de toda obra buena; los millones invertidos anualmente en limosnas, y el impulso que de aquí parte para la acción católica en todo el mundo.

Si se pregunta á los revolucionarios, París es el arca santa del liberalismo; el altar donde arde, cuidadosamente vigilado, el fuego sagrado de la revolución, y de donde se comunica á los otros pueblos; la colmena central del socialismo, que manda abejas en todas direcciones, á formar otros panales sobre el mismo modelo. Y añadirán que no le conoce el que no ha frecuentado los barrios obreros, y el que no ha visto las hordas de los esclavos de la industria formadas en nutridos batallones, bajando de Montmartre ó de Belleville, ó subir al Père Lachaise ó á la Villette con cantos de guerra en los lábios y llamas de odio y de codicia en los ojos.

Para los mundanos no conoce á París el que no recorre sus sitios de placer, sus bailes, sus conciertos, sus teatros, los primeros de Europa al decir de ellos, y que en la realidad de las cosas son lo más caro, lo más malo, lo más mezquino, lo más abominable y lo más incómodo que ha podido inventar algún diablillo muy travieso, con objeto de que los sibaritas paguen dinero por estar molestos.

Para un vecino de París, de pura raza, el conocer á la ciudad estriba en saberse al dedillo todas las carreras de ómnibus, con sus correspondencias, y á cualquiera hora del día y en cualquiera sitio, poder decir de repente qué líneas hay que tomar para trasladarse al lado opuesto de la población; y si es de noche decir de memoria el color de los faroles que sirve para diferenciarlas.

Para Carlos Monselet no conoce á París el que no ha estudiado los diferentes sitios desde los cuales es más espléndido el ocaño, pues en sentir de aquel cantor de la gastronomía, no sabe nadie lo que es una caída de la tarde, si no la ha visto desde alguno de los puentes de París. Tanto, que según él, sobre el de las Artes ó el Real debía ponerse una muestra gigantesca, en la que se leyese: «A la especialidad de las puestas del sol.» La idea no sería mala, añadiendo estas palabras al rótulo: «Si alguna vez lo hace.»

Para otros muchos, no sin cierto fundamento, hay que tomar, no el rábano, sino las hojas; es decir, lo que hay que conocer en París, son sus alrededores, sobre todo costeando el Sena, cuya plácida tranquilidad y cuya risueña transparencia no consigue ser enturbiada, ni por la falta de sol, ni siquiera por las injustas calumnias de los poetas.

Para no sé qué otro escritor de fortuna, la característica de París, es que dos enemigas mortales, ó que lo son á lo ménos en casi todo el resto del mundo, la gloria y la riqueza, en París son hermanas inseparables.

Y por este estilo podría, lector amigo, seguir amontonándose opiniones si á tí te interesaran ó si á mí me sirviesen para mi objeto.

Este no era otro que el de hablar de unos cuantos suicidios, y por ahí debía haber empezado. Pero considerando de una parte, que era muy pedestre entrar desde luego en materia, cuando era muy poco lo que tenía que decir, y de otra que la incesante repetición de actos tan horrendos, con circunstancias tan lúgubres cómicas, acusa una especialísima situación de los ánimos en París, un envenenamiento atmosférico local, he querido deducir que acaso el sello que más caracteriza á París, es la idea *sui generis* que aquí se tiene del valor de la vida humana.

Que en una sociedad positivista y materializada abunden los suicidios, no es cosa que deba causar maravilla. Lo estupendo sería lo contrario. Si la



muerte y la nada son sinónimos, si no hay un más allá detrás de la tumba, si no existen otros goces ni otras penas que los de este mundo, se cae de su peso que es preciso gozar á toda costa, luchando para conseguirlo, y si se siente uno rendido en la pelea, quitarse de en medio en cuanto se adquiere la convicción de que ya no son posibles más que sufrimientos.

No es, pues, de extrañar que un materialista se suicide por un terrible desengaño, ó por dolores intolerables, ó por evitar la miseria, ó por otras causas que realmente trastornen y desquicien su felicidad temporal. Pero ¿qué diremos de un suicida que llega á serlo porque un día que tenía ganas de tomar el sol amanece lloviendo, ó porque la cocinera le saca la sopa ahumada?

Pues tales son los casos que continuamente se están repitiendo aquí en estos últimos tiempos.

A la vista tengo el relato de cuatro suicidios, que si no estuvieran especificados con nombres propios, con señas y con toda clase de detalles, se tomarían por invención de un gacetillero falto de noticias de interés.

Un joven se hace aplastar por un ómnibus de- jando escrita una carta en la que explica que la causa de su muerte es el no haberle llevado la lavandera las camisas limpias el día ofrecido, y haber necesi- tado salir á la calle con ropa sucia.

Otro señor, al parecer muy formal siempre, pero sujeto á frecuentes distracciones, recuerda una ma- ñana que la tarde anterior le habían estado esperan- do á comer en una casa, cuyo convite había olvida- do. Coge la pluma, escribe una carta disculpándose y diciendo que reparará su distracción con la muerte, y se levanta la tapa de los sesos.

Otra persona, muy amiga de sus comodidades, recibe amenazas de muerte de unos ladrones denun- ciados por ella. Aquellas amenazas le obligan á no salir de noche, á no asomarse á los balcones, á vivir poco menos que incomunicado, y por fin, para que no le maten, una mañana se ahorca.

Cuarto caso y el más absurdo de todos. Una criada pide permiso á sus amos para llevar á la se- ñorita de la casa, joven de quince años, á un pati- nadero, el sitio público de París donde más inmunda y cínica se ostenta la prostitución.

Los padres, naturalmente, lo niegan, y la seño- rita y la criada se encierran herméticamente con un brasero encendido, dejando escrita la criada una carta, descubierta al otro día junto á los dos cadá- veres, en la que decía, que ya que no las dejaban divertirse, se llevaba á su señorita «á otro mundo mejor.»

¡A otro mundo mejor! ¡Es decir, á un mundo donde se pueda ir á los patinaderos sin permiso del jefe de la familia! ¡Y la puerta de ese mundo la abre el suicidio!

Si Cristo no hubiese venido al mundo, verdade- ramente que tales vidas merecían ser tasadas en el precio que ellas mismas se ponen.

¡Cuán diferente manera de salir del mundo, la muerte del Sr. Chauvelot!

Este modestísimo y valiosísimo adalid de la pre- sa católica, ha sido arrancado del campo de batalla durante mi ausencia de París.

Como el centinela de Pompeya, inmóvil en su guardia mientras los demás huían y las cenizas le iban enterrando, el Sr. Chauvelot ha muerto en la brecha extenuado y deshecho por el trabajo real- mente sobrehumano que necesita llevar á cabo en París un periodista y propagador tan infatigable como él.

Secretario de Proudhon, el apóstol socialista fué preso en una barricada en la revolución de 1848.

Llevado al socialismo por su odio implacable á la burguesía, y por su entrañable amor al pueblo y á los pobres, en la cárcel una casualidad providencial puso en sus manos el libro de la *Imitación*, enteramente desconocido para él.

Aquella alma privilegiada no pudo menos de in- flamarse con la lectura de aquellas páginas sublimes, y salió de la cárcel entera y radicalmente convertido al cristianismo.

Desde entonces puso su pluma, su palabra y sus admirables condiciones de carácter, al servicio de la prensa y de las asociaciones católicas, y ha sido, hasta el mismo día de su muerte, una de las más firmes columnas del *Univers*, que llora su pérdida,

como la lloran los obreros entre quienes se compla- cia en vivir, como con pequeñuelos mimados y con- sentidos.

Después de treinta años de batallar sin trégua en el buen combate, Dios ha juzgado sin duda que era llegada la hora de entregarle la corona del triunfo.

F. M. MELGAR.

## RECUERDOS DE UN VIAJE.

### II.

#### DE OPORTO A LA GUARDIA.

Arrancamos de Granja do Corvo en el tren de las siete, cuando el sol comenzaba á templar el frío de la noche y á disipar la niebla del Océano. Cerca de las ocho pasábamos el túnel que atraviesa la sierra del Pilar, sobre la cual se alzaba un antiguo monas- terio, hoy transformado en fortaleza. De repente se desplegó á nuestra vista el más bello panorama. Íba- mos á cruzar los aires por un puente de hierro, á más de 60 metros de altura, ideado y labrado con pe- regrinoarte por los Sres. Eiffel (1). Las embarcaciones por debajo de nosotros, y sobre las aguas del Duero, parecían juguetes de niño; la parte de la ciudad de Oporto que en la margen derecha del río ocupa la falda y cumbre de áspera y muy erguida montaña, asemejaba precioso nacimiento, escalonadas en anfi- teatro las casas entre verdes y floridos jardines. Ras- gaban el punto en que parecían juntarse cielo y tierra, las agujas de la catedral, los campanarios de las iglesias y los chapiteles y torres de valientes edifi- cios públicos y privados.

Aquel puente de hierro, que, en forma de calado arco de medio punto, se eleva hasta igualarse con las dos altas sierras de Norte y Sur, uniéndolas su- avemente y dando paso al majestuoso río, que á muchísimas leguas de allí saludó respetuoso los muros de la sin igual Numancia, nos cambió muy pronto el panorama, ofreciéndonosle á mano izquier- da, no menos elocuente y bello. De la sierra del Pilar descendían innumerables casas hasta lo profundo; y á no mucha distancia se desprendía un gran estribo, cuya base á manera de península veíase rodeada por las aguas de color rojo cubiertas de buques y bar- quichuelos. Este estribo está menos poblado que el del frente. En su cima se ostenta el castillo de Gaya, donde fué el capitolio de la famosa *Cálem*; mientras en frente de ella persevera el puerto de Cale (*Oporto*), que vino á dar nombre desde el siglo xi á lo que llegó á ser condado de *Portugal*, y luego reino, in- dependiente de Leon y Castilla, por el casamiento de D. Enrique de Borgoña con Doña Teresa, en 1095, hija del gran conquistador de Toledo. Las memorias de *Cálem* se remonta á lejanos siglos.

Después de acometida Roma, 87 años antes de nuestra era, por cuatro ejércitos de capitanes ambi- ciosos, es decir, por Mário, Cinna, Carbón y Sertorio, y de haber inundado estos en sangre de nobles la ciudad, y héchese dueños de los primeros cargos y honores, Sertorio en el año 83 obtuvo la pretura, y en seguida el gobierno de España. Llevóse consigo á Marco Perperna Ventón, á quien otros dicen Per- penna, el cual, llegando á tener celos de su jefe y bienhechor, en el año 72, le dió muerte alevosa. Nadie ignora que Sertorio soñó con arrebatarse al Tíber el dominio del mundo, y fiárselo al Tajo y al Ebro; que erigió un Senado en España, y que guerrear á cuantas ciudades contrastaban su propó- sito. De ellas fué *Cálem*, pero la subyugó Perperna. El *Itinerario* de Antonio Pío Caracala mencionala en el camino que unía á Braga y Lisboa, por los años de 216. Pero ya entonces, y desde más de dos siglos antes, debía subsistir un campamento roma- no (*castrum*), en los arrabales del puerto, á la orilla derecha del río. Política decidida y constante de la Ciudad Eterna, fué el aparentar farisaico respeto á las ciudades amigas ó aliadas, absteniéndose de poner en ellas guarnición romana, pero colocando no lejos perennes y fortísimos castros, de gente suya,

(1) Tiene este viaducto una extensión total de 352m,875, en- tre los paramentos de los estribos. El carril queda á la altura de 62m,40 sobre el plano de comparación general, siendo ese plano 1m,20 inferior al nivel de la baja mar. La planta y al- zado del grandioso puente se pueden ver en la *Revista de Obras públicas*, tomo IV de la 3.ª serie, lámina 43.

para dominar la comarca. No de otra suerte la lusi- tana *Norba Caesarea* se erguía impotente en ex- celsa cumbre, mientras á su pié, en lo que hoy es Cáceres, y un poco más todavía también al Norte, se enseñoreaban de todo los dos campamentos roma- nos llamados *Castra Servilia* y *Castra Caecilia*. Al puerto de *Cálem* y al castro que allí hubo, se fueron trasladando poco á poco los más cómodos y ricos moradores de la apretada altura Calense, que se des- medró así en población é importancia. El doctísimo Obispo de Chaves, Idacio, nos habla de haberse re- fugiado al barrio antiquísimo que se decía Puerto de Cale (*locum qui Portucale apellatur*), prófugo el rey de los suevos Requiario, como á lugar fortalecido y de escape fácil por el mar; pero cayó en manos des- leales y fué entregado al rey Teodorico. Dos años después, en el de 459 (cuenta el mismo Prelado), Máldras, asesino de su propio hermano, se apoderó en seguida del castro de Portugal, *Portucale castrum*. Queden respondidos cuantos suponen á *Cálem* sobre la orilla derecha del Duero, en vez de reconocerla sobre la izquierda en el monte de Gaya. Réstanos decir que el nombre *Cálem* ó *Cale* parece tener su explicación por el gael, lengua viva todavía en Ir- landa y Escocia, donde *gallan* ó *gail* significa roca, peñasco, piedra. De su raíz puramente céltica, el idioma del país de Gales retiene la voz *cdlen* ó *gálen*, «piedra de amolar;» y los franceses el diminutivo *galet*, «guija, china,» como reliquia del lenguaje antiquísimo de las Galias. Vengamos á los tiempos de ahora.

Oporto es hoy una ciudad que integra correspon- de á la civilización moderna. Sus calles, y la disposi- ción de toda ella, quieren publicar haber pertenecido á población floreciente de la época romana, sueva y árabe; pero las construcciones modernas pugnan por desmentirlo. Apenas la catedral conserva algun lienzo del muro ó del claustro góticos, para recordar su importancia en los siglos medios; durante el últi- mo no se perdonó fatiga para deshacerla en su mayor parte y renovarla conforme á la moda churriguere- sca. La Sede Portuense vacaba en aquella sazón, y el Cabildo jactábase de no faltar allí nada admirable sino el Prelado.

*Praesulis haud dextra, sed Sede vacante revixi;  
Dextra operi tanto non foret una satis.*

«Nil est quod mirum, Sede vacante, vacat.»

A pesar de tan arrogante afirmación, vacaba por completo el buen gusto. En cambio la riqueza y la fastuosidad se empeñaron en suplirlo. El altar y re- tablo del sagrario vense cubiertos de planchas de plata, donde el artífice estuvo muy lejos de ser un Arfe, un Berruguete, un Benvenuto. No obstante, la extravagancia churriguereca se ha de aceptar y aplaudir en los azulejos de toda la pared del claustro, que representan historias de la sagrada Biblia. Al destruir lo antiguo y sustituirlo por completo, desaparecieron dos lápidas sepulcrales de la edad romana, puestas la una á *Casia Dutia*, y la otra á *Julia Avita*, ambas hijas de *Marco*. En vano hicimos por hallarlas: desgracia que nos cupo también, y con mayor sentimiento nuestro, cuando en la parro- quia de San Pedro buscábamos un ara que sostuvo la pila bautismal; ara de valor grande, por decirnos su inscripción que los Calenses veneraban como númen á su gran río. Efectivamente, el epígrafe pu- blicaba haber erigido allí Cayo Julio Píldes un altar al Duero.

El afán de destruir ó encubrir lo antiguo tiene su ejemplo también, aunque de más disculpable manera, en la iglesia del que fué precioso convento de San Francisco. Inspirado artífice le trazó en el siglo xiii con proporción lindísima, y le decoró con singular belleza. El ábside gótico subsiste por el ex- terior sin alteración ninguna, y arrebató los ojos del viajero inteligente y fino amante de la perfecta hermosura artística. Por dentro ya es otra cosa. Muchos de los esbeltos bastones que se irguen del pa- vimento para sostener aquella bóveda, semejante á las ramas de un bosque entretreídas y enlazadas con amor, han sido chapeados y cubiertos por talla bor- rominesca, dorada á maravilla. Con ella, en el ábside y sobre el altar, se ha formado riquísimo sόlo de áureos casetones, abrigados por cortinas no menos fastuosas, y sostenidas por colosales ángeles. El techo del dosel traspasa las guardamayetas, formando te- chumbre plana y suntuosa por casi toda la bóveda



central, de la cual se desprende no menos espléndida ornamentación, que cubre las columnas y brilla á los rayos del sol como oro derretido. Los retablos pertenecen á tiempos diversos; y alguno correspondiente á la época del desorden artístico, agrada por extremo, representando en animada talla el árbol de Jesé con los principales patriarcas ascendientes del Salvador del mundo. Enriquecidos por la caridad, los franciscanos del siglo xvii, ornaron con el mayor empeño su iglesia, pero sin que la piqueta destruyese lo antiguo, aún cuando se cubriera en gran parte. Los modernos lo hemos arreglado de otro modo, cortando por lo sano, y procurando que de la antigüedad no quede ni memoria. El interior del edificio, obra del Renacimiento, se va trasformando en palacio para la Bolsa. *Contos de reis* á centenares se gastan para fabricar régia escalera que conduce á salon inmenso, el cual ha de ser templo y ara del becerro de oro, dueño y señor de las sociedades

modernas. Aunque en el salon lleguen á traficar muchos de la casa de Judá y de Efrain, no se les quiere recordar nada parecido al templo de Salomón, para que no se les enciendan las mejillas; pero sí algo que en caricatura pueda asemejarse á las imaginaciones de los hijos de Ismael. Nos dijo el *cicerone*, que aquel salon era un trasunto de la Alhambra; y podemos jurar que así se le parecía como al gran mogol. Arquitectura turco-arábiga de cajas de dulce, mucho oro y muchas inscripciones aclamando á la *sultana María II*, adornos borrominescos entre reminiscencias árabes, gran ostentación y amplitud, esa es la índole de la Bolsa, sin que se le pueda negar suntuosidad y valía *sui generis*. Retrata el carácter portugués, fastuoso y ostentoso de suyo.

Ni más ni menos se refleja este ánimo para cosas de ostentación y fausto, en el Palacio de Cristal. Levántase en un jardín ameno, esmaltado con plantas

y árboles de los trópicos y animado por las vistas más seductoras. Tiendas con los productos de Francia, Inglaterra, Alemania y la India; teatro, y cuanto se ha inventado para dar al traste con lo que el hombre tiene y no tiene, otro tanto encontrará allí quien no se cure de gastar lo propio y lo ajeno, como ni del día de mañana ni de lo que haya de ser de su mujer y de sus hijos. Muy cerca está la quinta en que murió Carlos Alberto vencido en Novara, y el monumento que le sirvió de sepulcro hasta que sus restos fueron trasladados á Italia; gran lección para los potentados y ambiciosos de la tierra.

Recorrimos toda la ciudad, llamándonos la atención, que si, respecto de la moneda, se cuenta allí por *reis*, sucede algo parecido por lo que toca á la numeración de las casas. Teníamos que hacer una visita á pié; buscamos al *cicerone*, preguntámosle por don fulano de tal, y nos dijo que vivía en la rua de tantos, número 515. Estremecímonos de horror al pensar



FIESTA CELEBRADA EN EL PARQUE DEL CASTILLO DE CHAMBORD EL DIA 29 DE SETIEMBRE CON OCASION DEL 59.º ANIVERSARIO DEL CONDE DE CHAMBORD.

que teníamos que pasar por delante de doscientas cincuenta y siete casas y media. Mas pronto nos encontramos en el portal á donde íbamos. La numeración va muy al por menor, sin perdonar puerta, ventana ó agujero en la parte baja de la fachada de cada edificio.

Por último, durante las breves horas que nos detuvimos allí, pudimos ver que para lo presente no faltan historiadores laboriosos. Publícase ahora un Diccionario geográfico-histórico de Portugal, que ha de hacer juego con el nuestro de Madoz, y en el cual tiene largos y muy curiosos artículos D. Pedro Augusto Ferreira, abad de Miragaya, ó sea cura de la parroquia de San Pedro. Es jóven, entusiasta y encomiador de su patria, como todos los portugueses,

amable y fino en el trato, y erudito muy apreciable.

Ya supondrá el lector que no nos habíamos de ir sin viciorear los viñedos, y gustar el suave y aromático licor que hace famosa á Oporto por todos los confines del orbe. Por desgracia, el oidium y la filoxera, que con otras plagas nos han traído las regiones septentrionales de América, comienzan ya á ejercer su maléfico influjo en estas amenas comarcas, amenazando desnudarlas de su más rica pompa y atavío.

Salimos de Oporto, y en Ermezinde pasamos el río Leça sobre un puente de granito. San Romao, en la divisoria del Leça y del Ave, muestra sus extensos viñedos (que producen el vino verde, á diferencia del de Oporto, que es de color de guinda),

formando pintorescos y bellísimos colgantes las vides, enredados sus nudos en los corpulentos brazos de las encinas y robles. Trofa dista como un kilómetro del Ave, que baja de la sierra Cabreira. A la derecha veíamos también la sierra de Córdoba, donde en el santuario de San Miguel obtuvo la noble Ilduara, condesa de Galicia, la promesa insigne de tener un hijo *que sería grande delante de los hombres y no menos en la presencia de Dios*. Este hijo fué San Rosendo, que nació el año 907. Gozoso es oír por aquí nombres de ríos y lugares afamados en el interior de España. Cerca de Famalicão pasamos el río Deste por un puente metálico. De Famalicão se conocen tres miliarios, erigidos bajo el imperio de Adriano, claro indicio de que bajaba por allí á



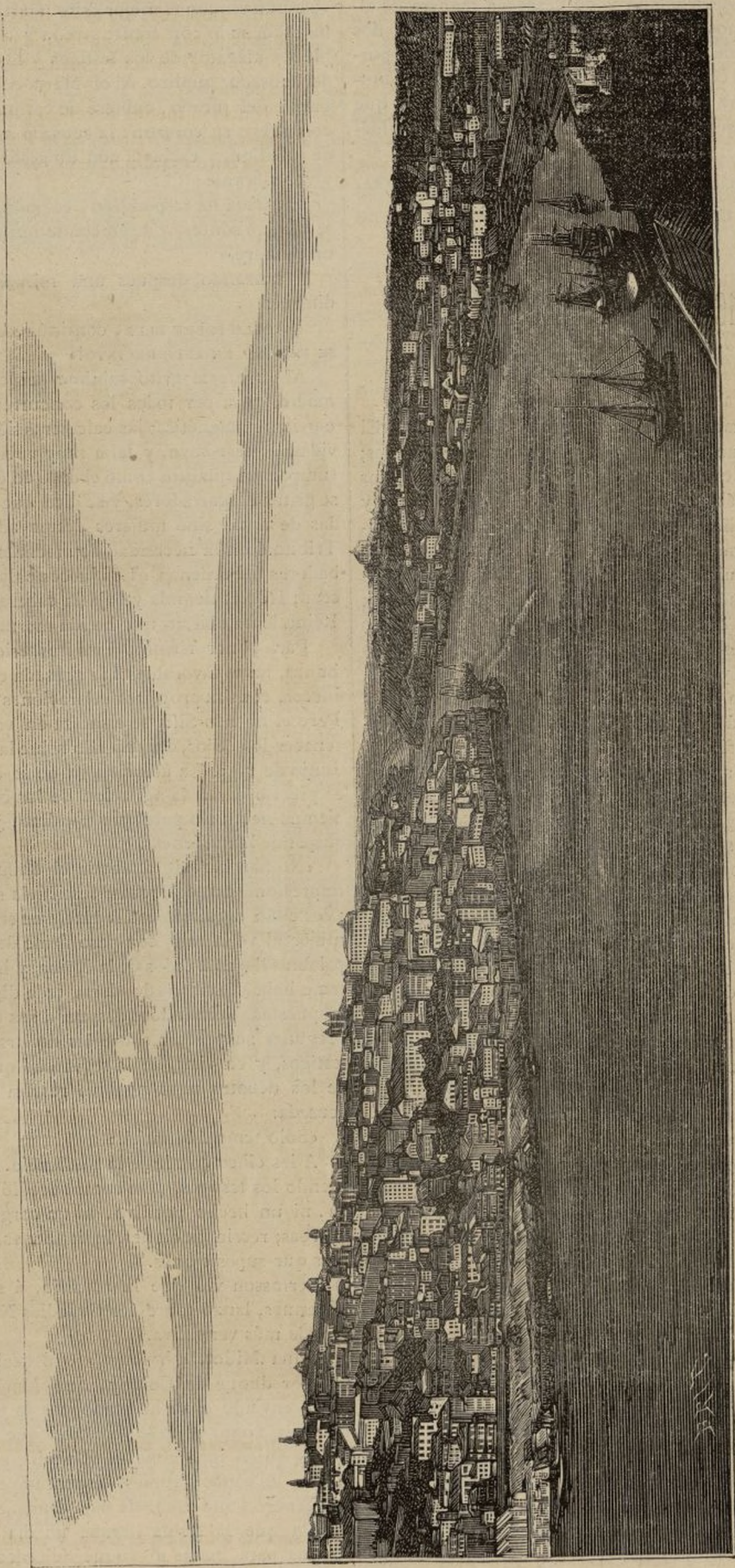
Oporto la vía romana. En Nive se dividió el tren, tomando muchos viajeros el rumbo de Braga, la insignie *Bracara Augusta*, cabeza de renombrado convento jurídico y metrópoli de extensa diócesi desde que la luz del Evangelio regeneró estos confines. Braga era el punto donde confluían vías imperiales de todas las provincias de España, abiertas y restauradas sucesivamente desde la edad Augustea hasta el siglo iv. Desplegóse luego en San Bento el hermoso valle del río Cávado, cuya primitiva denominación fué *Celando*, y en cuyas aguas se reflejan ruinas no indignas de memoria. Ocioso es decir que salváramos casi todos los ríos por puentes de hierro de longitud considerable. Este del Cávado mide 130 metros. Saludamos en seguida á Barcelhos, la ciudad primera que despues de *Cálem* fué cabeza de condado, erigido por el rey Don Dionís en los últimos días del siglo xiii para honrar á D. Juan Alfonso Tello de Meneses, casado con Doña Teresa, hija bastarda del rey D. Sancho IV de Castilla. El túnel de Tâmel, de 980 metros, interrumpió nuestro discurso. Acercábase el fin de nuestra expedición: el valle de Néyva (*Naevis* de los antiguos) causónos deleite; pero mucho más la estacion de Darque, junto al río Lima, el famoso *Limia* ó río del *Oviedo*, que hubiera podido ser dique á las expediciones de Bruto, aterrada la soldadesca por la conseja de que al esguazarle perdían los hombres la memoria. Bruto pasó á nado á la otra parte; y ya en la orilla, fué llamando por sus nombres á todos los cabos del ejército, animándolos á pasar sin miedo, viendo la prueba incontestable de que él estaba allí y conservaba entera y viva su memoria. Buena la habíamos de menester nosotros, para recordar en cada sitio las que despierta, ya que la Guía oficial sólo nos dá nombres aislados y números que no rara vez ofrecen una suma equivocada. El espectáculo del río es muy bello. Quintas, palacios y castillos bordan su orilla, contándose entre ellos, de estilo gótico, el del poeta Pereyra da Cunha. Sobre el monte de la margen derecha se extiende Viana do Castello, y á nuestra izquierda contempláramos al ancho río desembocando en el mar. Sentimos no poder detenernos á explorar sus *menhires* y *crómlechs*, y creímos descubrir de lejos el *dólmen* de Gontinhaes, que ocultan á la vista del viajero apretadas encinas, poco despues de pasar el puente de Ancora.

Tan linda poblacion, frecuentadísima en la temporada de baños, nombrábase ántes *Villar d' Ancora*, pero en edad más remota *Valle d' Azares*, esto es, campo de batallas, por las que allí se habían reñido. Una ilustre poetisa de Oporto, diestra asimismo en pintar y tañer la vihuela, doña Bernarda Ferreira de la Cerda, eligió por asunto de su lira, hácia la mitad del siglo xvii, y en el canto vi de su *Hespanha Libertada*, una conseja transmitida de padres á hijos en el pueblo de Ancora. Referían los naturales que en 932 era gobernador sarraceno de Gaya, por frente de Oporto, el morazo Alboazar Albucadao (hablando en árabe portugués), mancebo hermoso, extremado poeta y cumplido caballero. Tenía una hermana lindísima, á quien decían Gaya, segun unos, y segun otros, Zahara. Vivía el emir en paz con los cristianos; daba, tenía y celebraba en su castillo alborozados bailes, saraos, justas y torneos; y yendo bien perfumada y elegante la gente, á nadie se negaba la entrada, fuese moro ó cristiano. Pero cádate que al buen rey de Leon D. Ramiro II, se le antoja disfrazarse de trovador, venir á las fiestas y seducir á la incauta Zahara, llevársela á su reino, hacerla cristiana y ponerle el nombre de Artida, Artigia ú Ortega, que todo viene á ser uno. Quedó el moro desesperado, y con razon, y juró vengarse. Disfrázase de trovador tambien, toma paso á paso el rumbo de Leon, de día por los caminos, de noche por los jarales, llega á la corte, y tal maña se dá que halla lugar en la estimacion de doña Urraca, mujer de D. Ramiro, y la enamora y ciega hasta el punto de que la pobre dama abandona palacio, trono, marido é hijos, y se va con el amante á los hechiceros viñedos de Oporto. D. Ramiro no se anda en chiquitas: averigua el paradero de la infiel, va allá bien disfrazado y acompañado de forzudos hombres, y en el silencio de la noche oscura, penetra en el alcázar Portuense, y apodérase de su rival y de la antojadiza doña Urraca. Ufano de su presa trata de volverse á Galicia, no por vericuetos y atajos, sino por la vía romana que para el caso y expresamente dispusieron Tiberio, Caracala y Cayo Julio Vero Maximi-

no. En Monte-Dor, aldea de la costa, asesinó cruel al mísero Alboazar; y en el río de Ancora manda echar sendos cordeles al cuello de Urraca y de los hijos que había tenido del moro, y atar á todos ellos á un ancla, y arrojarlos al mar: y del ancla, *âncora*, tomó nombre la villa. Indignado un sesudo escritor moderno con la barbarie del brutal monarca leonés, halla calma, no obstante, para reparar cuánto se han levantado las aguas por allí desde entonces; y muy

juiciosamente escribe: «Hoje havia de custar-lhe a afogar-se aqui, principalmente se fosse de verao, a nao ser em alguma levada.» Y tiene razon que le sobra. Por donde es de suponer que no deben andar en lo cierto los historiadores Morales, Sandoval y Carvalho, al compaginar las memorias de esta reina doña Urraca; y mucho ménos la inscripcion de su sepulcro de Oviedo, que nos declara cómo sobrevivió á su marido seis años aquella señora, y que murió

RECUERDOS DE UN VIAJE.



VISTA DEL PASO DEL DUERO POR LA CIUDAD DE OPORTO.

un lunes á las once de la mañana, 23 de junio de 956. Sin embargo, todo puede conciliarse, conjeturando que en Ancora no se ahogó al fin doña Urraca, y que se apiadó á última hora D. Ramiro. Es lo más natural y cotidiano del mundo.

Pronto llegamos á Caminha en la confluencia del Coura y del Minho. Visitamos su hermosa iglesia del siglo xv, á que da realce linda portada plateresca, obra del rey D. Manuel; y como buenos españoles

leímos con gusto la inscripcion que el duque de Braganza, hecho rey, puso encima de la puerta septentrional de la villa, dedicándola á la *Inmaculadísima* Concepcion de Nuestra Señora.

Gran trabajo nos hubo de costar tomar el río. La escena de las Bacantes despejando á Orfeo, se reprodujo ante nosotros, siendo nosotros y varios compañeros de viaje protagonistas del drama. Ajustado el pasaje del río, las Amazonas que habían llevado el



equipaje á hombros, cogiendo la amarra del barco y con los más desaforados gritos, amenazas y ademanes, se las hubieron con el barquero, casi resueltas á dar con él y con los navegantes en lo profundo de las aguas. Dos horas duró la infernal escena, que no hace honor á la policía de Portugal; y nos pareció mentira ver deslizarse al fin tranquilamente nuestra barca por el apacible lago, y poder contemplar á gusto un panorama, tan seductor como el del golfo de Ischia. Anchurosísimo el río, dilatándose por los valles de las altas montañas, mezclando sus aguas con el mar y formando de cuando en cuando islas cubiertas de arbolado y de césped á manera de alfombra, nos llenaba de alegría el corazón. Y nos enorgullecía ver la orilla española mostrando á la portuguesa el colegio de La Guardia, como faro luminoso para la juventud de uno y otro reino, que quiera transmitir con gloria su nombre á los venideros siglos.

FIDEL FITA.—AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA.

Pasaje de Camposancos, 19 de Setiembre de 1879.

## EL 16 DE OCTUBRE DE 1793.

### IV.

Empiezan las declaraciones de los testigos. El primero que se presenta es Lecointre de Versailles; Lecointre, que en otro tiempo se llamaba uno de los súbditos más fieles (1) del Rey y de la Reina; hoy, y de cuatro años á esta parte, uno de sus más encarnizados enemigos; Lecointre, uno de los hombres sobre los cuales recae con mayor pesadumbre la responsabilidad de las jornadas de Octubre de 1789; sobre ellas es llamado á declarar. Reproduce todas las diatribas que en otro tiempo inspiró al periódico de Gorsas, y se afana por amontonar cargos sobre la Reina: ésta sólo responde con negativas rotundas y explícitas á los asertos de Lecointre y á las preguntas del Presidente.

El ayudante general Lapierre y el artillero Roussillon, deponen: el primero sobre la fuga de Varennes, y el segundo sobre la jornada del 10 de Agosto. Roussillon supone que durante el saqueo de las Tullerías, encontró botellas sobre el lecho de la acusada, prueba irrecusable de que había hecho beber á los suizos para emborracharles. La Reina opone también enérgicas negativas á las indicaciones de este ladrador subalterno. Por otra parte, al parecer, en la deposición de los testigos no se procura tanto aducir pruebas contra la acusada, perdida ya de antemano, como contra ciertos personajes á quienes se quiere perder; contra La Fayette, Bailly, Petion, ó contra los jefes de policía, como Michonis, Marino, Jobert, etc. La acusación no adelanta, cuando se introduce á Hébert.

Hébert refiere cosas vagas: que ha encontrado en un libro de la acusada signos contrarrevolucionarios, un corazón atravesado por una flecha; sospecha que Toulon se descubrió en presencia de los individuos de la ex-real familia. Después, este hombre ruin, capaz de todas las insolencias y bajezas, este hombre que ha vivido como un infame, y morirá como un cobarde, reanuda los detalles de la inmundicia calumnia que sirvió á Fouquier para formular el último párrafo de su acta de acusación. El auditorio, ¡cosa extraña! se mantiene silencioso; Hébert vése privado de los aplausos con que contaba: tienen las mismas calceteras más rubor que él? El Presidente mismo, en las preguntas que dirige á la acusada, parece como que olvida la declaración del sustituto del procurador ordinario. Pregunta á la acusada sobre Michonis, sobre el asunto del clavel, y por un resto de vergüenza, quizá deja envueltos en tinieblas los repugnantes relatos del Padre Duchesne.

(1) En un mensaje dirigido al Rey con fecha 9 de Noviembre de 1789, impreso por Grangé en su establecimiento, calle de Porcheminerie, y conservado en los Archivos nacionales, armario de hierro, legajo n.º 13, Lecointre empieza en estos términos: «Señor, uno de vuestros más fieles súbditos, lleno de confianza, viene á depositar á los pies de V. M. el homenaje de su respeto.» Y concluye pidiendo que se le proporcione ocasión para demostrar que los habitantes de Versailles, de que forma parte, «son incapaces de disgustar al mejor de los reyes.»

Pero encuéntrase un hombre todavía más desvergonzado y cobarde que Hébert. Un jurado—¿por qué no se imprimió su nombre? ¿Se avergonzó después? ¿O el editor del *Boletín del Tribunal revolucionario* se avergonzó por él?—un jurado anónimo interpela á Herman.

«Ciudadano Presidente, le dice, os ruego que tengais á bien manifestar á la acusada que no ha contestado acerca del hecho de que ha hablado el ciudadano Hébert, respecto de lo que pasó entre ella y su hijo.»

Este hombre debe estar satisfecho; su infamia se ve coronada con el mejor éxito. Hasta ahora la Reina ha escuchado con frente serena y corazón inalterable los alegatos de los testigos y las declamaciones del acusador público. Al oír María-Antonietta la pregunta del jurado, cúbrese de carmin su frente y se conmueve su corazón; la acusada medio se levanta de su sillón, y exclama con un gesto de indignación y voz vibrante:

«Si nada he respondido, es porque la naturaleza se niega á contestar á semejante imputación hecha á una madre.»

Y lanzando después una mirada sobre el auditorio:

«¡APELO SOBRE ELLA, CONTINÚA, Á TODAS LAS QUE SE HALLAN EN ESTE RECINTO!»

Al oírse este grito sublime del corazón de una madre, pasa por todos los concurrentes no sé qué corriente magnética; las calceteras siéntense conmovidas á pesar suyo, y falta muy poco para que prorumpían en aplausos como el día 6 de Octubre. Oyéanse gritos desgarradores, y se dice que han sido sacadas de aquel sitio mujeres desmayadas, viéndose el Tribunal en la necesidad de amenazar á los perturbadores del orden (1). Los jueces palidecen y balbucean; Hébert tiembla y baja la cabeza; el grito de la Reina le ha abierto una herida mortal (2).

Para poner término á las impresiones de las tribunas, harto favorables á la acusada en sentir de los jueces, continuaron las declaraciones de los testigos. Pero el notario Silly se esfuerza en vano por hacer renacer los ódios, deponiendo sobre la fuga del 21 de Junio de 1791. La atención ya no se encuentra allí; es preciso dar á la agitación de los concurrentes el tiempo necesario para que se calme, y á las tres se suspende la audiencia.

«No han bastado á abatir el ánimo de la Reina impresiones tan dolorosas; sostiénela su conciencia. ¡Ves cuán orgullosa está! Exclama en voz baja una mujer al verla salir con paso firme del salón. Estas palabras llegan á oídos de la Reina, y la conmueven; teme haber demostrado demasiada dignidad en sus respuestas. Volviéndose después á sus defensores, les pregunta su parecer sobre las declaraciones de los testigos, y en vista de la seguridad que le dan que de los debates nada positivo resulta aún, dice la acusada:

«Sólo temo á Manuel.»

A las cinco continúa la audiencia. Siguen deponiendo los testigos, pero como sucedió por la mañana, ni un hecho positivo, ni un cargo fundado en pruebas; recriminaciones, indicaciones vagas, y nada más que suposiciones.

Terrasson vió que la acusada, á su regreso de Varennes, lanzó sobre los Guardias Nacionales «la mirada más vengativa.»

Reina Millot, «sirvienta», oyó decir en 1788 al anterior duque de Coigny, que María-Antonietta había enviado á su hermano por lo menos veinte millones, como si fuese verosímil que Mr. de Coigny, de quien ignora hasta el título, puesto que le califica de conde, hubiese dispensado confianzas de este género á una criada de baja estofa. Sabe también aquella que la Reina llevaba un día consigo dos pistolas para matar al duque de Orleans, y que el Rey tuvo necesidad de tenerla quince días encerrada

(1) La señora Simon Vierrot, *Marie-Antoinette devant le XIX siècle*, París, Augé, 1838, t. II, p. 351. Pormenores comunicados por los hermanos Humbert, testigos oculares.

(2) Un jurado del Tribunal Revolucionario, llamado Vilate, ha referido en su libro titulado *Las causas del 9 Thermidor*, que la misma noche del suplicio de la Reina, estando comiendo Robespierre con Saint-Just y Barrère, había manifestado sumo disgusto contra «aquel imbécil Hébert», cuya declaración dió á la Reina en su último momento el triunfo del interés público. Desde entonces formó la resolución Robespierre de deshacerse de un cómplice que tanto le comprometía.

en su cámara. ¿Pero cómo sabe ella estas cosas? No lo dice. Labenette, el redactor del *Journal du Diable*, el émulo de Marat, declara que la Reina envió á tres hombres para que le asesinasen. Y fuera de estas ridículas ú odiosas afirmaciones, ni una prueba, nada, absolutamente nada.

El mismo Manuel, el único testigo á quien al parecer teme la Reina, no la acusa. Conténtase con protestar de que nunca tuvo relaciones con la corte ni con la mujer del último rey. Y en realidad de verdad, en este proceso Manuel, como Bailly que le sucede, ámbos memorables ejemplos de la inconstancia del entusiasmo popular; Manuel, más bien que testigo, es acusado. En vano se desentierra la causa del Clavel; en vano Dufresne, Gilbert, los Richard y la mujer de Harel, se ven abrumados de preguntas sobre la visita de Rongeville á la prisión real. Tampoco resulta nada. A las once de la noche se levanta la sesión: jueces, jurado y testigos, tienen necesidad de descanso.

MÁXIMO DE LA ROCHETERIE.

(Se continuará.)

## LOS GRABADOS.

*El príncipe Carlos Amable de La Tour-D'Auvergne, Arzobispo de Bourges*, pág. 113.

Nació este distinguido Prelado el 6 de Diciembre de 1826 en Moulins. Su familia poseyó en otro tiempo el ducado de Bouillon, y representó papel importantísimo en la historia de Francia. El famoso Turenna era segundón de la casa de La Tour-D'Auvergne.

El Arzobispo que acaba de morir era sobrino del célebre Cardenal del mismo nombre, Obispo de Arras, á cuyo lado recibió la primera educación, que terminó en el seminario de San Nicolás del Chardonnet bajo la dirección del entonces abate Dupanloup.

Ordenado el 12 de Agosto de 1849, fué nombrado al poco tiempo Vicario general de Arras. Dos años más tarde murió su tío el Cardenal, y su sucesor en el obispado, Monseñor Parisís, conservó á su lado con los mismos títulos y funciones, al Abate de La Tour-D'Auvergne.

En 1855 fué nombrado Auditor de la Rota romana, en reemplazo de Monseñor de Segur, á quien una ceguera repentina había obligado á presentar la dimisión. En Roma pasó seis años consagrado al estudio de las ciencias eclesiásticas, y también al de la arqueología cristiana en que era competente. Por un decreto de Napoleón III fué nombrado en 6 de Abril de 1861, Coadjutor del Arzobispo de Bourges, y el 22 de Julio siguiente, Pío IX le preconizó Arzobispo de Colona *in partibus infidelium*. Dos años más tarde, á los cuarenta y cinco de su edad, sucedió á Monseñor Menjaud en el arzobispado de Bourges.

Esta diócesis es grandísima, pues comprende dos departamentos, el Cher y la Indre. El nuevo Arzobispo, con actividad verdaderamente apostólica, mostró desde los primeros instantes que aún era pequeña á su solicitud pastoral. Baste decir que en diez años ha consagrado más de cuarenta iglesias nuevas.

Monseñor de La Tour-D'Auvergne asistió al Concilio Vaticano, y después de proclamado el dogma de la infalibilidad pontificia, escribió una obra magistral en su defensa, cuyo manuscrito fué presa de las llamas que destruyeron el palacio arzobispal en Julio de 1871. El ilustre Prelado no desmayó por esto, y de nuevo puso mano á la obra, la cual se publicó al poco tiempo con satisfacción de los estudiosos.

La muerte lo ha arrebatado en lo mejor de su vida, á los cincuenta y tres años, dejando un vacío en el episcopado francés.

Monseñor de La Tour-D'Auvergne estaba emparentado con mucha parte de la nobleza de Francia, y sus hermanos han figurado mucho en tiempo del imperio. R. I. P.



*Fiesta celebrada en el parque del castillo de Chambord el día 29 de Setiembre con ocasion del cincuenta y nueve aniversario del conde de Chambord, página 116.*

Los periódicos diarios y el telégrafo han hablado mucho de este suceso, cuya importancia no puede desconocer ninguno que sepa la situación de la nación vecina. El conde de Chambord es el heredero del cetro de San Luis, y en derredor suyo se agrupan todos los franceses católicos y monárquicos.

Haremos breve reseña de la fiesta celebrada con motivo del cincuenta y nueve aniversario del hijo de los Capetos. Desde la víspera, Blois ofrecía un aspecto animadísimo, y todos los hoteles de la población estaban invadidos por los forasteros. Antes de rayar el alba del día siguiente, comenzó el movimiento de la multitud hacia Chambord, cuyos caminos presentaban un golpe de vista muy pintoresco. Los coches y los ómnibus marchaban en fila, porque era imposible caminar de otro modo. Las tartanas y los carros iban mezclados con los breacks y los elegantes landaus; en estas diversas clases de vehículos se veían todos los trajes de Francia; la negra sotana del abate, las blusas azules de los obreros, las caperuzas de las aldeanas y las ricas *toilettes* de las damas aristocráticas. Sobre aquella multitud se destacaba la mole inmensa y majestuosa del castillo, uno de los mejores de Europa.

Al medio día se celebró la función religiosa. La elegante capilla estaba adornada con banderas blancas y azules, y en medio de la fachada se veía esculpido el escudo real de Francia, multiplicado luego como las flores de lis en los vidrios de las ventanas. En el altar resaltaba un magnífico cuadro que representa á San Luis cubierto con el manto real é invocando con los brazos levantados la salvación de Francia. Los ornamentos sagrados, cubiertos de flores de lis, están bordados por la condesa de Chambord, y todos los demás objetos del culto muestran también los atributos de la casa de Francia.

Después de la Misa la multitud se trasladó á la inmensa tienda dispuesta para el banquete. La tienda era elegante y graciosa: la adornaban banderas y cintas blancas y azules con bordados de oro. Mil doscientos cubiertos estaban preparados, todo con orden y esmero esquisitos para que nada faltase á la solemnidad de la fiesta. En el banquete se agruparon nobles y plebeyos, ricos y pobres, sin distinción ninguna, como hijos de una misma casa. Los labradores, industriales de todas clases, y artistas formaban la mayoría; demostrando, según dice un periódico francés nada sospechoso de parcialidad, el carácter naturalmente nacional de la reunión.

Terminada la comida se pronunciaron tres discursos: el primero por el conde de Servillers, presidente de la comisión; el segundo por el marqués de Rancogne, y el tercero por Mr. Baragnon.

A las cuatro de la tarde la multitud tornaba á sus hogares. El nieto de San Luis puede estar satisfecho de esta manifestación religiosa y monárquica.

..

*Vista del paso del Duero por la ciudad de Oporto, pág. 117.*

Oporto, capital de la provincia portuguesa Entre-Douro-e-Minho, es la segunda ciudad del vecino reino y la primera en importancia comercial. Está situada en la margen derecha del Duero y en la desembocadura, ocupando grandísima extensión sobre un terreno fértil y pintoresco. Es plaza fuerte, sede episcopal, y posee una escuela politécnica y otra de medicina. Su población es hoy de 80,000 almas. El territorio ó condado de Oporto ha sido la cuna de la monarquía portuguesa en 1095.

De los varios aspectos, todos muy bellos, que ofrece el panorama de la ciudad, hemos escogido el que representa el paso del Duero por ser el más variado y el más interesante. De él guardan especial recuerdo los doctos viajeros cuyos interesantísimos artículos motivan el grabado.

## EL MAESTRO DE MUSICA,

POR

EUGENIO DE MARGERIE.

Dios permitió, y por ello le doy gracias, que yo fuese para Pablo una alegría que hacía más sensibles sus tribulaciones domésticas, y que en su vida, entre las pruebas que había sufrido y las que aún le esperaban, como un oasis en medio del desierto.

Yo me hallaba edificado sin cesar, cuando me encontraba cerca de él, y he aprendido en los dos años que á su lado pasé, muchas lecciones que diariamente procuro practicar.

Lo que más me agradaba era oírle explicar su teoría de la felicidad.

«Yo me parezco, me decía, á aquellos hombres á quienes una delicada complexión obliga á *vivir sujetos á un régimen*, pero que por otra parte no sufren ó sufren muy poco. Estos son, no diré los más felices de los hombres, pero sí los más felices de los enfermos.

«Mi felicidad tiene la salud delicada y no la conservo sino á fuerza de cuidados. Indudablemente que mejor querría tener uno de estos temperamentos robustos que permiten, no diré escesos, sino un uso libre y confiado en todas las cosas honradas y agradables.

«Mejor quisiera respirar mi felicidad á pleno pulmón, vivir y sumergirme en ellas, que verme obligado á mantenerla con calor artificial, vigilándola como á una llama pronta á extinguirse. Preferiría lo bello fijo á un tiempo incierto que siempre hace temer *lluvia ó viento* y hasta *tempestades*. Pero después de todo no me es dado elegir, y si me comparo á tantos otros que verdaderamente son ó se hacen desgraciados, ¡cuánto más feliz me encuentro que ellos!

«Mi único verdadero disgusto procede de mi pobre mujer, ó mejor dicho de su carácter desigual, pero en el fondo mi esposa es buena y me ama. Yo la amo mucho. ¡Cuántos matrimonios en apariencia más unidos que el nuestro no pueden decir otro tanto!

«Además, el cristiano necesita ser perfectamente feliz? Una pequeña cruz que en las cosas más dulces nos recuerda sin cesar que la dulzura suprema no se halla en este mundo, ¿no es una gracia bajo el punto de vista de la fe? ¿De qué nos serviría esta, si nos colocásemos siempre fuera de ella para juzgar de estos intereses?

«Hállase bien en el camino para no desear la llegada, puede convenir al que viaja por viajar, pero á los que viajan para llegar no es un mal á mi parecer que el camino les haga desear un poco el término.»

La vida de Pablo se deslizaba de este modo dulcemente, pero con una dulzura comprada á gran precio, y en una especie de paz armada. Pablo había perdido á su padre y á su madre, y había sido nombrado organista de la catedral. Educaba á sus hijos con algún ahogo, pero al fin los educaba.

Su casa no conocía el lujo, apenas el *confort*, palabra que por otra parte detestaba tanto como la cosa que significaba, porque le parecía que indicaba una idea absolutamente anticristiana.

Dios le había dado lo estrictamente necesario, que le bastaba y hasta le agradaba, teniendo para esta alma vigorosa una especie de sabor severo que no hubiese hallado en las muelles satisfacciones del lujo y de la vanidad. Si alguna vez hubiese querido ser más rico, hubiese sido por su mujer, á quien lo brillante seducía tanto.

Indudablemente que en sus sueños se representaba á los veinticinco años casado con una mujer dulce, como Alicia, por ejemplo, viviendo en la abundancia y cultivando en el ocio las artes y las letras, viviendo la vida del propietario, y viendo abrirse ante sus hijos brillantes perspectivas de fortuna y de gloria.

Alguna vez, quizá, soñó abrigos más calientes y un vino más generoso que el que de ordinario usaba; pero excepto el artículo de la mujer dulce, Pablo sufría por carecer de todo lo dicho lo que yo sufrí por no tener un coche ó un castillo á las orillas del Rhin.

Lo que le negaba Dios lo había considerado Pablo como supérfluo, y si se sueña alguna vez con

lo supérfluo, jamás la ausencia de lo supérfluo ha hecho sufrir á una persona razonable.

XIV.

Sin embargo, las pruebas crecían en intensidad con el valor y la resignación de Pablo, que se desarrollaban á su vez en tales proporciones, que los más crueles dolores parecían traerle siempre su secreto bálsamo.

Perdió un hijo, pero Pablo halló en la edificante muerte de este angelito, consuelos y bendiciones que dirigir á la Providencia.

Otro hijo apenas salido de la adolescencia salió malo y dió serios disgustos á su padre. La serenidad de Pablo apenas pudo resistir este golpe, mas pudo conservar en su alma todas las fuerzas, á fin de rogar por su extraviado hijo. Cuando éste murió en Argelia en un hospital, las oraciones de su padre habían llegado al cielo, y en su hora postrera vino un sacerdote á reconciliarlo con Dios.

Pablo se vió próximo á la miseria, pues tuvo una desgracia de que los músicos lo mismo que los demás no se libentan, sino que sufren con ella mucho más, una *desgracia de aventura*. Solamente pudo usar de tres dedos de su mano izquierda. ¿Cómo tocar el órgano? De tres mil francos que poseía tenía que perder mil.

Pablo se ocupó tranquilamente en reducir el gasto, ya muy modesto, de su casa. La bujía fué reemplazada por el candil, y el vino malo por el agua clara.

A las estrepitosas desolaciones de su mujer ante semejante decadencia, no tenía más que una sola respuesta: «¡Qué quieres, amiga mía! cuando disminuyen las rentas, es preciso economizar los gastos. Dios, al retirarnos un poco de dinero, nos dá en cambio un bien algo más precioso; una ocasión de glorificarle, por medio de nuestra resignación. ¿Perderemos este mérito que tan fácil nos es adquirir? Además, no somos más que cuatro personas en casa, y nos quedan dos mil francos de renta, con lo cual nadie se muere de hambre en Beaulieu.»

La tranquilidad de su alma no se alteró un sólo instante. Todos los que le encontraban con aquella frente serena, y que conocían sus pruebas, exclamaban: «Hé ahí uno que tiene *filosofía*.» ¡Religion! era preciso que dijese.

Sin embargo, tenía un disgusto: vióse obligado en sus economías á tocar al presupuesto de los pobres.

Con dificultad se consolaba de esto, cuando vinieron á anunciarle que le habían nombrado bibliotecario de la ciudad, noticia que recibió con alegría infantil porque amaba los libros casi tanto como la música, y podía combinar estos dos afectos tocando el violín en los solitarios salones de la biblioteca.

XV.

Como todas las almas serenas, Pablo amaba la soledad, y sin embargo, su celo por el bien le llevaba muchas veces á la sociedad, cuya delicia hacía con su talento y su inalterable buen humor.

Pero la soledad era lo que más quería, porque en la soledad se encuentra Dios, sociedad suprema, y hállase como consigo mismo y con sus propios pensamientos. ¿Por qué se huye de ellos sino porque se ve que son odiosos ó culpables?

Pablo gustó esta alegría de la soledad en su biblioteca. El bibliotecario mayor se hallaba casi siempre retenido en su casa por la gota, y además hablaba muy poco. Apenas llegado se sentaba en su sillón sin responder más que con señales de cabeza á las cortesías de Pablo.

Este no tenía por qué quejarse, porque el silencio, otra virtud monástica, era observado por Pablo bajo aquellas bóvedas, antiguo refectorio de los dominicos, al lado de aquella multitud de volúmenes formada de los restos de todas las bibliotecas de los conventos de la ciudad.

Un pintor ó un moralista hubiesen hallado un magnífico asunto de estudio en este personaje interesante bajo muchos conceptos, por la viril y dulce belleza de sus facciones, por la inalterable paz que de su corazón irradiaba en su rostro, por todas las pruebas que acababa de atravesar con tan imperturbable serenidad, y por aquella expresión de su fiso-



nomía en la que se fundían armoniosamente la sencillez de un niño que ignora la vida, y la sabia experiencia del viejo que ha pesado en justa balanza todas las vanidades de la vida.

De este modo adquiría una originalidad que le prestaba un encanto más, originalidad que a nadie dañaba, y que más bien residía en las disposiciones de los que le observaban, y no podían admirar sin asombrarse aquella igualdad de humor, aquella *indiferencia* de los santos a la que estamos tan poco acostumbrados.

La originalidad de Pablo era la del *Sócrates cristiano*, de aquel hombre que sabe pedir a la religión no sólo sus dogmas, sin los que languidece el espíritu falto de alimento; no sólo sus preceptos para caminar derecho por la tierra y hacia el cielo; no sólo sus poderosos consuelos en las grandes pruebas de la vida, sino que también sabe ahondar hasta aquellas profundidades donde están depositadas para aquellos sólo que tienen el valor de ir a buscar allí, tesoros de fuerza, de resignación, de alegría, de sabiduría; todo un régimen de vida por el cual hacemos de nuestra existencia entera una amorosa aplicación de nuestras creencias y un himno de amor a Aquel que nos da tantos bienes.

Pablo se paseaba horas enteras por su biblioteca con un libro en la mano, y complaciéndose con más frecuencia en releer el libro de sus pensamientos, libro que nada tenía de triste a pesar de la monotonía de su pasado y de las sombrías perspectivas del porvenir. ¿No tenía Pablo en todas las cosas motivos para glorificar y dar gracias a Dios?

El mismo se ponía a cantar algunas veces las sinfonías de sus maestros favoritos, y otras el arrebato de su reconocimiento a Dios, el fuego de sus oraciones, la alegría que le causaba una conversión a la que había cooperado, la sencilla meditación de alguno de los grandes misterios del cristianismo; fuente inagotable de emociones para las almas verdaderamente cristianas, y que no se agota para nos-

otros sino porque muchas veces solamente somos cristianos de nombre; todo esto le bastaba para formar en él una música interior, un alegre concierto que no se interrumpía sino con el día.

Sin duda que alguna vez en medio de estas largas meditaciones se dormía, presentándose a su espíritu aquellos gozos de que para siempre estaba privado, el campo dorado por los últimos rayos del sol, las majestuosas orillas del Océano, los viajes a lejanos y curiosos países, especialmente a Roma, que tanto le hubiera gustado como artista y como cristiano.

Pero este sueño era bien pronto rechazado como un mal pensamiento. Pablo gozaba de la vida que le había concedido la Providencia, y era feliz, no comprendiendo que sus amigos le hablasen de resignación.

## XVI.

Pablo había dicho muchas veces, y con plena sencillez, que no le sería repugnante morir en el hospital, donde se encontraría muy a gusto, y creo que en el fondo tal era su deseo más ardiente como fue el de tantos santos.

Dios le escuchó.

El año anterior hizo estragos el cólera en Beaulieu, y Pablo aprovechaba sus ocios para pasarlos a la cabecera de los enfermos asistiéndolos y procurando dirigir a Dios sus últimos pensamientos. Hasta pidió un mes de licencia, que aprovechó eligiendo su domicilio en el hospital.

Es prodigioso el número de conversiones de que fue causa...

Cayó enfermo, y tan súbitamente, que no fue posible transportarlo a su casa. Fue preciso instalarle en un lecho que acababa de dejar, para ir a la sepultura, un obrero de la ciudad, famoso por su impiedad, pero que no había podido resistir la caridad inflamada de Pablo, y que merced a él había muerto como un santo.

Pablo estaba preparado hacia ya mucho tiempo,

y una muerte súbita no hubiese causado acerca de su salvación ninguna inquietud a sus amigos. Sin embargo, tuvo tiempo de prepararse de nuevo.

Su corta enfermedad no fue más que un cántico de alegría, y espiró pronunciando estas palabras que siempre le habían gustado mucho: *Gaudeamus in Domino semper.*

FIN.

Solución del jeroglífico del número anterior:

*Dios al bravo mar enfrena, con muro de leve arena.*

## JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número.)

Madrid, 1879.—Imp. a cargo de D. B. M. Araque; Balmes, 3.

## SECCION DE ANUNCIOS.

## LIBRERIA CATOLICA DE SAN JOSE.

## Obras publicadas.

TRATADO DEL ESPÍRITU SANTO: 24 reales en rústica, y en pasta 32 rs. en Madrid y 34 en provincias.

¡JESUITAS! por M. Paul Feval: 6 reales en rústica, y 8 en Madrid y 9 en provincias encuadernado en tela.

EXAMEN CRÍTICO DE LA HISTORIA de los conflictos entre la religión y la ciencia, de Guillermo Drapper, por el Padre Cornoldi: 4 reales en toda España, y 6 reales en Madrid y 7 en provincias en tela.

LA IGLESIA Y EL ESTADO, por el Padre Mateo Liberatore: 12 reales en rústica, y en pasta 16 reales en Madrid y 17 en provincias.

LEON XIII Y LA SITUACION DEL Pontificado, por el doctor D. Urbano Ferreira, presbítero: un volumen en 8.º, con el retrato de Su Santidad en fotografía: 7 reales en toda España, y 9 reales en Madrid y 10 en provincias en tela.

VICTOR O ROMA EN LOS PRIMEROS tiempos del Cristianismo, novela histórica religiosa, por el Padre F. Gay: 7 reales en Madrid y 8 en provincias en tela.

CURSUS SCRIPTURÆ SACRÆ, seminario usui accommodatus, Opera Francisci Xaveri Schoupe, s. j.; editio prima. Acuarante D. Joachin Torres, presbítero: 24 reales en rústica, y 28 en Madrid y 30 en provincias empastados los dos tomos en un solo volumen.

También se ha encargado la librería de San José de la propaganda y venta del *Almanaque católico y Guía eclesiástica*, que con tanta aceptación ha comenzado a publicarse este año; forma un volumen en 8.º, y se vende encuadernado en cartón a 6 reales en Madrid y 7 en provincias.

Todas estas obras se venden en Madrid en el taller de encuadernar de la Librería de San José, situado en la calle de Gravina, núm. 14, tienda, esquina a la prolongación de la calle de la Libertad, y en las librerías de Aguado, Olamendi, Tejado, Perdiguero y otras.

En provincias, en Ultramar y en el extranjero, en las casas de los corresponsales y en todas las librerías católicas.

Los pedidos se harán a D. Manuel Alonso Zegri, Madrid.

## EL SOCIALISMO ANTE LA SOCIEDAD, POR EL RDO. P. FÉLIX,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Obra traducida por Don José María Carrulla.—Segunda edición.—Un hermoso tomo en 8.º mayor de 400 páginas, 10 rs. en rústica.

## CALENDARIO PIADOSO PARA 1880.

Hallándose ya en prensa esta antigua y acreditada publicación, se avisa a los señores autores y editores de obras católicas que hayan visto la luz desde el mes de Octubre del año pasado, a fin de que, si gustan verlas incluidas en la *Revista Bibliográfica* de dicho CALENDARIO, se sirvan enviar un ejemplar de aquellas al Editor, D. Antonio Perez Dubrull, calle de la Flor Baja, núm. 22, Madrid, antes del 30 de Setiembre próximo, hasta cuya fecha se admiten también en el mismo punto anuncios para la sección correspondiente del CALENDARIO a los precios de 120 rs. una página, 70 media, y 40 un cuarto, precios sumamente económicos, si se atiende a la gran circulación de este libro.

## PARÍS—ESTACION DE INVIERNO—PARÍS

## AVISO A LAS SEÑORAS

Los GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS, de PARÍS, tienen el honor de participar a que su Catálogo General Ilustrado, el cual comprende la nomenclatura de las Novedades de Invierno en *Sederias, Fantasia, Lanas, Terciopelos, etc.*, etc., así como los grabados de las últimas modas en *Vestidos, Trajes, Confecciones y Abrigos para Señoras y Niños*, se halla actualmente en prensa.

Este gracioso Album de la moda será repartido *gratis y franco* a todas aquellas personas que tengan a bien pedirlo por carta franqueada.

A MONSIEUR JULES JALUZOT

GRANDS MAGASINS DU PRINTEMPS  
PARIS

## EL SABIO IDIOTA.

CONTEMPLACIONES ACERCA DE LA SANTISIMA VIRGEN

POR EL B. RAIMUNDO JORDAN,

LLAMADO COMUNMENTE

EL IDIOTA.

TRADUCIDAS Y ARREGLADAS PARA EL MES DE MARIA POR DON NICETO ALONSO PERUJO.

(Segunda edición.)

Esta preciosa obrilla forma un volumen en 12.º, y se vende a peseta en la librería de Pascual Aguilar, Caballeros, 1, Valencia. Se envía a Provincias franco de porte.

## LIBROS.

El Sr. PEREZ VILLAMIL ha hecho rebaja del 25 por 100 para los suscritores de LA ILUSTRACION en los siguientes sujos:

*La Peregrinacion Española en Italia*, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del señor Nocedal. Su precio, 16 reales; para los suscritores de LA ILUSTRACION, 12.

*Recuerdos del Monasterio de Piedra*. Su precio 6 reales; para los suscritores de LA ILUSTRACION, 4.

Los pedidos a esta Administracion, Jesus del Valle, 23 y 25, pral.

## GRABADOS.

En la Administracion de este periódico, Jesus del Valle, núm. 23 y 25, pral., se venden los publicados en el tomo I de LA ILUSTRACION CATOLICA.

Hay mucha variedad y se darán a precios arreglados. Horas de despacho: de diez a seis todos los días no festivos.

## AMAYA,

Ó LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII.

Novela histórica

DE

D. F. NAVARRO VILLOSLADA.

Se ha publicado el primer tomo de esta obra notabilísima, y se vende a 12 reales en la Librería de San José, Gravina, núm. 14.

## MISERERE MEI DEUS.

Traducción en verso de este Salmo y noticias de versiones poéticas del mismo,

POR

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA,

Un tomo en 8.º francés. Se vende a 20 reales en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado, Guio, Lopez, Fé, Murillo y Hurtado.

## CROMOS.

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta Administracion, al precio de 6 rs. ejemplar.